

Demencia racialista

EN LA REVISTA "América", órgano de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos, publicada en La Habana, encuentro la reproducción de una proclama que el jefe de policía del distrito de Torn (Polonia), funcionario de la ocupación alemana, dió a luz con el objeto de "poner término al comportamiento insolente de una parte de la población polaca".

Dicha proclama es un documento histórico de gran valor, un dato clínico altamente interesante; demuestra hasta qué punto la demencia racial y la neurosis de la impertinencia han llegado a atacar la mentalidad de algunos y el sistema nervioso de otros.

En el número uno de dicha proclama léese lo siguiente:

"1.º Los habitantes polacos de ambos sexos están obligados a abrir paso a los representantes de la autoridad alemana que puedan ser reconocidos por sus uniformes y por las insignias que llevan en sus bocanangas. Las calles pertenecen a los victoriosos y no a los derrotados."

La introducción no está muy mala y habla claramente respecto de la mentalidad de los jefes victoriosos. El número cuatro tiene un tono que no desmerece con el del uno:

"4.º En las tiendas y puestos de los mercados se atenderá preferentemente a los representantes de la autoridad del Reich, a los familiares de dichos representantes y a todos los alemanes y después a los vencidos."

Por aquí vamos viendo el valor que tiene pertenecer a una raza nórdica, aria. Es cierto que los polacos son también raza nórdica, arios, según la denominación adoptada por los cultores del galimatías racial; pero, según parece, antes que nórdicos y arios, son polacos vencidos.

La proclama va subiendo el tono. Después de la alimentación habla del tema amoroso. El número siete dice:

"7.º Todo aquel polaco que se acerque a una señora o muchacha alemana recibirá un castigo ejemplar."

Le sigue el ocho, que cierra por todas partes la posibilidad de una aproximación afectiva entre los victoriosos y los vencidos. Dice:

"8.º Las mujeres polacas que se acerquen a los alemanes serán conducidas a casas de mala nota."

Cosa curiosa, la proclama no dice qué castigo tendrá la señora o muchacha alemana que se acerque a un polaco, ni cuál será el del alemán que se acerque a una señora o muchacha polaca. La prohibición es unilateral.

La proclama termina así:

"Todos los polacos que no se han dado cuenta todavía de que son ellos los vencidos y nosotros los vencedores y que no cumplen con este decreto, serán castigados con toda la severidad de la ley".

Ante estos engendros uno no sabe si reírse o llorar. Los que hemos vivido un poco en este mundo y conocido y tratado gente de toda condición y de todos los pueblos y naciones, sabemos que nada está más lejos de la mentalidad de la gente común que esta demencia racial, que esta arrogancia sin control. Es posible que si alguien le machaca el cerebro durante años y años, la gente concluya siendo tan estúpida como los machacadores quieren que sea; pero, para consuelo nuestro, esa estupidez no será más que impuesta, es decir, susceptible de desvanecerse con el tiempo.

De todos modos, la proclama es una excelente advertencia de lo que espera a los que lleguen a ser dominados por semejantes jefes de policía.

Manuel ROJAS.